

Blas, me dixo el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueras Cartuxo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus quartos; el viejo negro muy glorioso de su expedicion se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

## CAPITULO VII.

*De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.*

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra: supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Mostrábame muy alegre quando les daba de beber, y de quando

en

en quando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el Capitan en cierta ocasion en que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion, Señores (les dixé) permítanme ustedes que les descubra mi corazon. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido los prejuicios ó preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas expediciones. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

TOM. I.

x

Hu-

34420

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

42 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy mortificado; porque solo pretendia ser ladrón por tener libertad de salir con los demás, esperando que en algunas de sus correrías se me presentaría ocasión de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenía vivo. Sin embargo el tiempo de la probación me parecía largo, y más de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inutilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor circunspección, porque el Negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescripto para recibirme en su congregación, cuyo día esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al Cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso día. El Señor Rolando dixo á sus camaradas: Caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hom-

*Lib. I. Cap. VII.* 43

hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guía á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su Capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la Señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un Caballero que acababan de robar: despues de lo qual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

*Acompaña Gil Blas á los ladrones, y empieza su expedicion en los caminos reales.*

Hacia el fin de una noche de Setiembre salí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada, y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian cogido al Caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, quando amaneció no podia sufrir la luz, pero

poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, quando descubrimos un Religioso montado en una muy mala mula, contra la costumbre de los de su Orden. ¡Bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el Capitan: he aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á examinar el bolsillo de aquel Frayle: veremos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, Señores, (dixe) que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel Padre, y á dexarle tan desnudo como la mano, y traer aquí su mula. Eso no, dixo Rolando, no merece la pena: Alíviale solamente del bolsillo, y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y endereceme hácia el Religioso, pidiendo al Cielo que me perdonase la accion que iba á executar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparían ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á

exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al Padre, y pedile la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Detúvose un poco á considerarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, (me dixo con voz melosa y bastantemente entera) y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrará haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen Religioso, que no podia comprehender el sentido de lo que yo hablaba) ¿qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. Oh, Padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome ese trabajo, y déxese de Moral, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡Dinero! me dixo, muy maravillado. Mal conoces la caridad de los Españoles, si crees que las personas de mi profesion y mi caracter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan honradamente, nos tratan muy bien, y quando partimos solo nos piden nuestras oraciones. En fin nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos abandonamos enteramente á la Providencia. Eso no, repliqué yo; no os abandonais tal. Siempre llevais buenos doblones, para que la Providencia no os haga alguna burla, y aseguraros mejor de ella. Pero al fin, Padre mio, concluyamos.

Mis compañeros me estan esperando en aquel bosque : eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras que pronuncié colérico, y amenazándole, el buen Religioso mostró temer por su vida. Espera, me dixo, que voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa, veo que con vosotros es inútil toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debaxo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dexó caer en el suelo. Díxele entonces que podía continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió quatro espuelazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, pareciéndome tan caraña como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida al caritativo aviso, comenzó desde luego á tomar un buen trote. Apenas el Frayle se alejó de mí, quando me apeé; recogí el bolsón, que pesaba mucho, y volví á ganar el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apear-me, segun se apresuraban en abrazarme. Animo, ¡Gil Blas! (me dixo Rolando) has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartamos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, con todos tus movimientos, y desde luego te pronostico que con el tiempo

se-

serás un heroyco ladron y el terror de los caminos reales. El Teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dexar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para desempeñarle.

Despues que alabaron tanto mas, quanto menos lo merecia la villana accion que habia hecho, les vino la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dixerón, qué contiene la bolsa del Religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos Padres no viajan como peregrinos. Desatóla el Capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y con algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva todos prorrumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. ¡Vive Dios! exclamó el Teniente, que todos debemos estar muy obligados al Señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada se siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata se divirtieron con mil impias truhanerías sobre la materia, diciendo cosazas que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones, que tanto se alegra-

graban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el Capitan me dixo, aconsejote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con Frayles, porque son mas finos y mas chuscos que tú.

## CAPITULO IX.

*Del serio lance que se siguió á la aventura del Frayle.*

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasagero alguno que supliese el chaseo que nos habia dado el Religioso. Salimos en fin para restituarnos á nuestro soterráneo, persuadidos á que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso, que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, quando descubrimos á larga distancia un coche tirado de quatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para consultar lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusimonos todos en orden, segun la disposicion del Capitan, y marchamos en batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un universal temblor, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que

no

no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del Capitan y el Teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y me dixo en voz bronca: oyes, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, con un pistolotazo te levanto la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido á que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso: y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los Caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de páxaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos estaban armados; y mientras se disponian á recibirnos, saltó de la carroza un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los tres. Aunque eran solos quatro contra nueve, se avanzaron á nosotros con tal brio, que se aumentó mucho mi miedo y mi temor. No por eso dexé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo, co-

TOM. I.

G

mo

mo si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veía; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetadas y carabinazos oí gritar á mis camaradas: *vitoria! vitoria!* Al oír esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el Teniente fué tambien herido, pero muy ligeramente, pues el golpe apenas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el Señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en

en sí. Mientras él se ocupaba en mirarla nosotros atendimos al botin. Lo primero que hicimos fué asegurarnos de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian descarreado despues de quedar sin guías. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargamos con las mangas y maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por orden del Capitan, la qual aun no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dexando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preséas.

## CAPITULO X.

*De qué modo se portaron los vandoleros con la Señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo.*

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo Negro habia tres dias que estaba en